



manuel olimón nolasco

historiador

MÁS ALLÁ DE LA FIGURA, EL COLOR Y LA TEXTURA.

--PALABRA E IMAGEN EN CRISTÓBAL DE VILLALPANDO--¹

Manuel Olimón Nolasco.

Academia Mexicana de la Historia.

1.- El mundo tiene necesidad de la belleza.

El arte nos permite audacias que el trajín cotidiano nos niega; trae consigo el asombro, presta pies alados a la ilusión, renueva con siembra de limpia juventud el campo tantas veces colmado de mieses marchitas, alumbrando con llama intensa senderos apenas visibles.

El arte es ágil vehículo de la belleza. Y la Belleza aporta, como el Bien y la Verdad, semillas de inmortalidad; rompe las fronteras del tiempo con sus eras, siglos y cuenta de los años y del espacio con sus naciones, continentes y mundos.

Por ello estar frente a una obra de arte es abrir los ojos —esos "espejos del alma" o "ventanas al cielo" como los llamaba el celeberrimo pintor ruso de iconos Andrei Rublev— para que nos cautive el esplendor de la belleza, que invade al modo de la llama de San Juan de la Cruz, "que tiernamente hiere". El esplendor de la belleza, *splendor pulchritudinis* se hermana y nos hermana —expone San Agustín— con el *splendor veritatis*, el esplendor de la verdad y el *splendor boni*, el esplendor del bien.

Delante, pues, del *splendor* de la obra de nuestro coterráneo y contemporáneo —me atrevo a llamarlo así— Cristóbal de Villalpando, invito a dejarnos arrobar por la belleza que inunda nuestros

¹ Participación en la mesa redonda con motivo de la exposición, "Cristóbal de Villalpando, pintor novohispano del barroco", Fundación Cultural Banamex, Palacio de Iturbide, Ciudad de México, 31 de mayo de 2017.

ojos y que puede traducirse en balbuceos de gozo, alabanza y acción de gracias, testimonio de que hay algo más en la vida que la tragedia y la comedia de todos los días. En otras palabras, invito a ir más allá de la figura, el color y la textura, a dar con el haz luminoso de la belleza prístina, pues "[...] el mundo en que vivimos tiene necesidad de la belleza para no caer en la desesperación. La belleza, como la verdad, trae la alegría al corazón de los hombres; es el fruto precioso que resiste la erosión del tiempo, que une las generaciones y las hace comunicarse en la admiración".² No obstante, el vínculo interior entre la verdad, la bondad y la belleza padece en nuestra época una fragilidad jamás experimentada en la historia.

2.- Palabra e imagen. Vínculo indisoluble.

Para una mirada fructuosa a la obra pictórica de Villalpando es indispensable abrir primero los oídos a la palabra bíblica. Sin esta apertura será difícil o mejor, imposible, apreciar el horizonte interior de una tela que parece formular una llamada, casi una tentación, a tocarla con las manos. Sor Juana nos enseñó cómo la vista y el oído, la palabra y la imagen se interrelacionan y suplen cuando hace falta: "Óyeme con los ojos, que están distantes tus oídos..."

La Biblia —expresó Marc Chagall— es "un atlas iconográfico" y Paul Claudel afirmó: "es un inmenso vocabulario". Palabra, pues, e imagen, forman la integridad de un mensaje que ha doblegado al monstruo de los siglos y permeado, como rocío matinal, gozos y esperanzas de pueblos antiguos y nuevos. El mensaje bíblico es humanísimo, terrenal y es a la vez, en simbiosis tranquila, apertura de las compuertas del cielo para que sus torrentes inunden con la inspiración a los artistas y serenen la ferocidad y las iras. Abrir los ojos, pues, a la obra que nos mira, es abrirlos a un caudal celeste que es también vibración sonora. Una homilía pronunciada por Basilio de Cesarea a mediados del siglo IV sobre el "Hexámeron", es decir, los seis días de la creación, lo expresa de modo elocuente y bello: "[...] Si alguna vez, en la serenidad de la noche, al fijar tu mirada en la indecible belleza de los astros, has pensado en el artífice del universo, preguntándote quién será el que ha bordado con tales flores el cielo mientras en el mundo corruptible las penas dominan sobre la dicha... entonces vienes preparado para escuchar. ¡Ven, pues!"³

3.- Unidad en dos escenarios.

² Concilio Vaticano II, *Mensaje a los artistas*, 8 de diciembre de 1965.

³ *Homilía sexta*. (Original en griego). Citada en: Gérard de Champeaux/Dom Sébastien Sterckx, OSB, *Introducción a los símbolos*, Encuentro, Madrid 1984, p. 19

Voy a concentrarme en la gran tela que, me parece, es la obra insignia de esta exposición: "La Transfiguración y Moisés y la serpiente de bronce" de la catedral de Puebla de los Ángeles.



La escena no es doble y menos aún desvinculada: una cartela que porta un ángel situado a la izquierda, en el límite entre las dos partes expone con claridad el vínculo: es el texto del versículo 14 del tercer capítulo del Evangelio de San Juan en la versión latina de la Vulgata: "*Sicut Moyses exaltavit serpentem in deserto, ita exaltare oportet filium hominis, ut omnis qui credit in ipsum non pereat, sed habeat vitam aeternam*". ("Así como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así también el Hijo del Hombre tiene que ser levantado, para que todo el que crea en él tenga vida eterna".)⁴ La ocasión de esa palabra dirigida al futuro fue la entrevista nocturna —característica importante es la noche, que contrasta y vigoriza el mensaje joánico impregnado de luz— de alguien "de entre los fariseos, un dirigente judío [que] visitó a Jesús para preguntarle la diferencia entre la vida "de la carne" y la vida "en el Espíritu", lo que en palabras más simples significaba una vida plena, abundante, lejos de desdichas y amarguras.



⁴ Cito el Nuevo Testamento de acuerdo a la traducción en español latinoamericano más reciente: *Biblia de la Iglesia en América*, CELAM/PPC, Bogotá/Buenos Aires/México 2015.

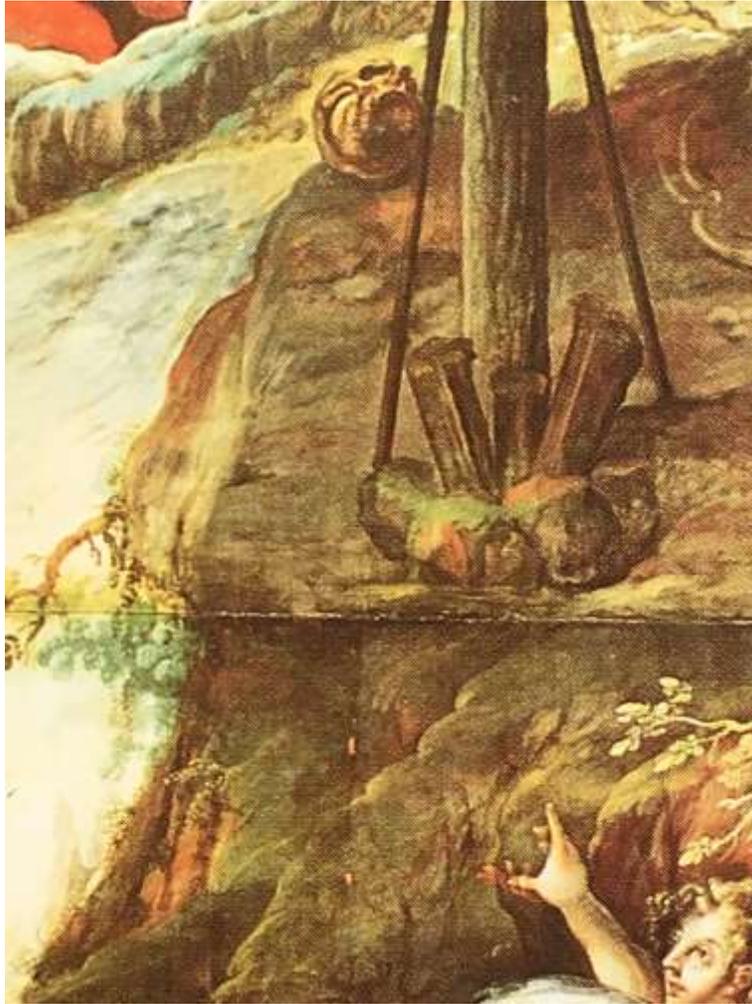
La exaltación del Hijo del Hombre, contra toda lógica humana, se dio cuando fue levantada la cruz en el Calvario —*Gólgota*, el "monte de la calavera"— que según una antiquísima tradición jerosolimitana fue el sitio de la tumba de Adán, el primero de los mortales. La cruz se encuentra, oscura y entretejidos a ella los instrumentos de la pasión, a la derecha de la brillante escena de la transfiguración captada por el artista en trazos contrastantes: mirada al cielo de Jesús, serenidad de Moisés y Elías y estupor extremo en los discípulos Pedro, Santiago y Juan, arrobados por tanta claridad.



Entre la cruz y esa escena, corre un torrente de agua cristalina que cae sobre la escena baja, la del Antiguo Testamento. Parece que escuchamos a San Juan Crisóstomo en la cátedra patriarcal de Constantinopla hacia el año 397: "[Un manantial] comenzó a brotar de la misma cruz y su fuente fue el costado del Señor. Pues muerto ya... dice el Evangelio, uno de los soldados se acercó con la lanza, le traspasó el costado, y al punto salió agua y sangre: agua, como símbolo del bautismo; sangre, como figura de la eucaristía. El soldado que le traspasó el costado, abrió una brecha en el muro del templo santo. Yo encuentro el tesoro escondido y me alegro con la riqueza hallada".⁵

⁵ *De las Catequesis de San Juan Crisóstomo, obispo, Catequesis 3, 14; Sources Chrétiennes 50, 175. (Original en griego).*

Bajo la peana de la cruz hay una cueva oscura, sin duda, la tumba de Adán, el hombre viejo.



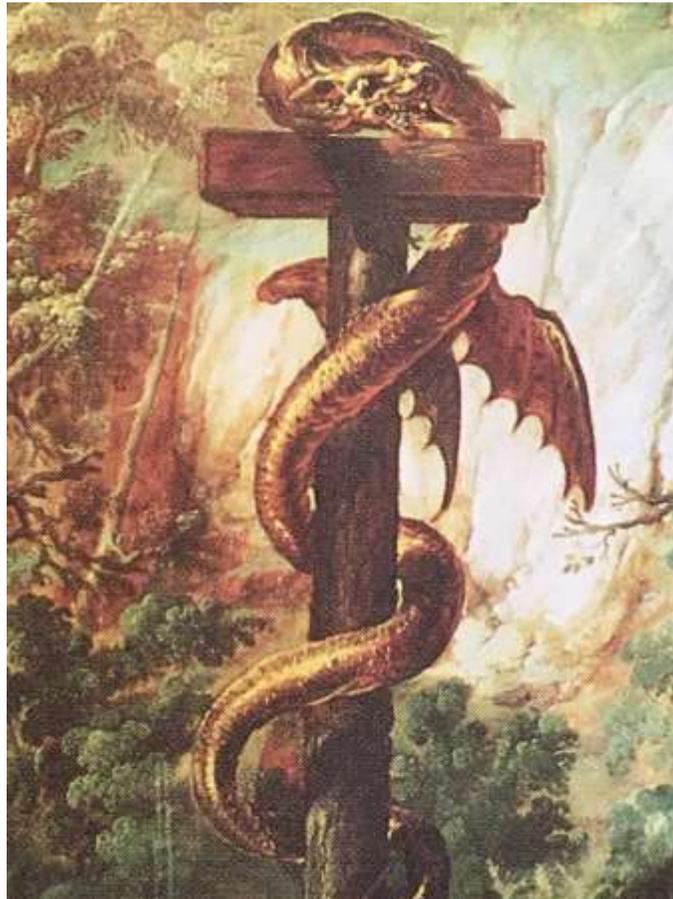
Una antigua homilía, probablemente de fines del siglo III, ilustró en palabras cómo los destellos de la cruz vencieron las sombras del inframundo: [...] El Dios hecho hombre ha muerto y ha puesto en movimiento a la región de los muertos...Va a buscar a nuestro primer padre, como a la oveja perdida...Dios y su hijo van a liberar de los dolores de la muerte a Adán, que está cautivo y a Eva, que está cautiva con él. El Señor hace su entrada a donde están ellos, llevando en sus manos el arma victoriosa de la cruz. Al verlo, Adán, nuestro primer padre, golpeándose el pecho de estupor, exclama.: —Mi Señor está con vosotros. Y responde Cristo a Adán: —Y con tu espíritu. Y tomándolo de la mano, lo levanta diciéndole: —Despierta, tú que duermes, levántate de los muertos y te iluminará Cristo".⁶

⁶ De una antigua homilía sobre el santo y glorioso Sábado, Patrologia Graeca 43, 439. (Original en griego).

4.- Las serpientes, la cruz y la transfiguración: mensaje integral.

El contexto en que los Evangelios sitúan la transfiguración es el refuerzo de una fe débil y la seguridad de una esperanza, pues la trama se desarrolla después de haber anunciado a sus cercanos que habría de ir a Jerusalén para padecer y ser crucificado [...] Jesús entonces comenzó a enseñarles que el Hijo del hombre debía padecer mucho..." (Mc 8, 31). En el correr del año litúrgico tanto en Oriente como en Occidente, el pasaje se proclama el segundo domingo de cuaresma, después de que, en el primer domingo se leyó el relato de las tentaciones de Jesús. El ligamen entre ambos pasajes lo hace la profesión de fe consensuada en Nicea en 325 que sostiene que Jesús es "Dios y hombre verdadero": hombre verdadero al experimentar el límite humano de la tentación y Dios verdadero al mostrar su gloria, lejana a la figura del Nazareno, a la del "hijo del carpintero". Transfigurarse es reflejar y permitir la percepción de lo que está latente más allá de la figura.

Esa vía doble permite que el mensaje tanto auditivo como visual transmita esperanza en los caminos humanos de todos los tiempos en los que--cito de nuevo a Basilio de Cesarea--"las penas dominan sobre la dicha".



El relato de las serpientes enroscadas en la vara es relato salvífico ante una situación dolorosa, desesperada, fruto no del azar o del "destino" (el *fatum* del pensamiento helenístico), sino del pecado radicado en la libertad del hombre. El pueblo mostró desesperanza frente a los dones recibidos: "—¿Por qué nos has sacado de Egipto?, ¿para morir en el desierto?... El Señor envió contra el pueblo serpientes venenosas que los mordían y murieron muchos..." Arrepentidos, acudieron a Moisés. Éste "[...] rezó al Señor y el Señor le respondió: haz una serpiente de bronce y colócala en un estandarte: los mordidos de serpientes quedarán sanos al mirarla" (Núm 21, 5b-8)⁷ Los monstruos deformes de la base de la escena captada por Villalpando y los rostros de angustia de los atacados por las serpientes retratan un momento inicial; el alivio está plasmado más arriba. La escena trasciende el mal y apela a la libertad para reorientarla.



Los estudios bíblicos modernos no identifican, al reconocer con exactitud el texto hebreo, el "asta" para colocar la serpiente de bronce con la vara de Moisés o la de Aarón, como la tradición antigua, menos precisa aunque más evocadora. El término hebreo *saraf*, usado por el profeta Isaías, apunta a un reptil abrasador, de fuego, cercano en su apariencia al aquí representado.⁸ El bastón o vara de Aarón hizo prodigios ante el faraón precisamente convirtiéndose en serpiente y regresando después

⁷ Cité la versión castellana de la "Nueva Biblia Española", Cristiandad, Madrid 1975.

⁸ La versión castellana de la "Biblia de América" utiliza el término "asta". La "Biblia de Jerusalén" (1a. ed., Desclée de Brouwer, Bruselas 1967) menciona "serpientes abrasadoras", quemantes, de fuego y describe la orden a Moisés: "Hazte un *abrasador* y ponlo sobre un mástil". La nota al versículo 6, dice: "'Abrador' es traducción de *saraf*, que Isaías 30,6, representa como una serpiente alada o dragón. El nombre de los serafines de Is 6,2-6, procede de la misma raíz".

a su ser original.⁹ El de Moisés abrió las aguas del Mar Rojo "[...] Alza el bastón y extiende la mano sobre el mar y se abrirá en dos..." (Ex 14,16). Hizo brotar agua en el desierto para saciar una sed que se había acentuado con el pecado e hizo reflexionar al pueblo: "[...] Pasa delante del pueblo...empuña el bastón con el que golpeaste el Nilo y camina; yo te espero allí, junto a la roca de Horeb. Golpea la roca y saldrá agua para que beba el pueblo". (Ex 17, 5s). Por ello, su mensaje, haciendo a un lado la exactitud lingüística, es salvífico, aunque de mediación, instrumental, pues no se le atribuyen poderes mágicos ni de manipulación. San Juan Crisóstomo, aludiendo a la crucifixión y al agua y a la sangre que señaló el evangelista Juan continuó en la línea que hemos citado: "[...] He dicho que esta agua y esta sangre eran símbolos del bautismo y la eucaristía, que han brotado, ambos, del costado. Del costado de Jesús se formó, pues, la Iglesia, como del costado de Adán fue formada Eva".¹⁰

5.- Como niños felices.

En el "Catálogo razonado" sobre la obra de Villalpando, siguiendo la pista de Antonio Rubial, quien no ha logrado comprender la esencia cristiana y católica de la cultura novohispana y de la expresión simbólica, se interpretó este precioso cuadro como manifiesto de la "lucha" entre el clero regular y el secular y afirmación del obispo Manuel Fernández de Santa Cruz de su identificación con Moisés y su elección al modo de los discípulos que fueron testigos de la transfiguración.¹¹ ¿No sería interesante y más cercano a la realidad, formular como hipótesis la solicitud de Santa Cruz al artista como un ex voto —ex voto es la "Transfiguración" de Rafael Sanzio de la Pinacoteca Vaticana, su testamento artístico—, tributo antitrágico a la gloria escondida en el misterio de la cruz? Me atrevo a proponerla.

El genio de Cristóbal de Villalpando me ha guiado, en lo que puede ser algo parecido a la libre asociación del psicoanálisis, por senderos que tal vez él no transitó pero que han brotado de mi acercamiento gozoso por décadas a las fuentes cristianas sobre todo de la patrística de los primeros siglos, tan cercana a la sensibilidad contemporánea. Para quienes heredamos ese riquísimo patrimonio y tenemos a la mano el "atlas iconográfico" y el "inmenso vocabulario" no sería leal ignorarlo o suplirlo con especulaciones, ideologías o supuestos.

⁹ Ex 7, 8-13.

¹⁰ *Catequesis 3, 14.* (Original en griego).

¹¹ JGH (Juana Gutiérrez Haces), 42. *La Transfiguración. Catedral de Puebla*, en: Juana Gutiérrez Haces/Pedro Ángeles/Clara Bargellini/Rogelio Ruiz Gomar, *Cristóbal de Villalpando. ca. 1649-1714*, Fomento Cultural Banamex, México 1997, pp. 194-197.

Hace poco leí un artículo que, a propósito del centenario de Juan Rulfo, decía sobre su peculiar mundo: "[...] Se sirve de un lenguaje deliberadamente austero... La música de su idioma proviene del uso, tenso y reiterado, de pocos elementos. En esa poética de la escasez, las palabras repercuten como piedras de un desierto donde 'se le resbalan a uno los ojos al no encontrar cosa que los detenga'".¹²

Todo lo contrario es el lenguaje barroco: deliberadamente profuso; con uso relajado y múltiple de elementos —muchedumbres de ángeles, rumor de batallas y triunfos, manantiales de estrellas—; la poética de la abundancia; formas, colores, palabras y texturas de incesante impulso que obsesionan y agobian los ojos con una intensidad que parece no tener fin: no son piedras del desierto sino brillos en un vergel florido.

Universo barroco es el de Cristóbal de Villalpando que nos ha convocado con la fuerte palabra de su pincel inspirado y festivo. Es nuestro contemporáneo —lo repito— pues los mexicanos no somos minimalistas; difícilmente nos sentiríamos a gusto en un recinto sacro como las iglesias abstractas de Tadao Ando —el agua, el jardín, la luz—. En el barroco nos movemos "a nuestras anchas": podemos reír, llorar, asustarnos, reflexionar, compartir; en una palabra: vivir.

Esta noche manos invisibles pulsan cuerdas interiores. Una melodía se desliza presurosa, corre alegre, como niños felices en el recreo de media mañana, como cristianos en la vigilia de Pascua bajo el rocío del agua bendita.

¹² Juan Villoro, *Cara a cara con Juan Rulfo*, Babelia, El País (Madrid), 8 de mayo de 2017.